

ciones, de anarquía moral, de espirituales combates, de espantosa desorganización para la Iglesia.

Después de muchas dudas y de muchas vacilaciones, Juan XXIII se puso en camino. Sombríos presentimientos le sobrecogían á cada paso que daba hácia adelante. Parecíale que en él se habían perdido la antigua dignidad y el antiguo poderío de la Iglesia. El Jefe espiritual del mundo cedía al Emperador, á su eterno enemigo. El monarca moral de la más alta sociedad que han visto los siglos abdicaba su autoridad á los piés de una Asamblea tumultuosa, tal vez compuesta de sus enemigos, llena de doctores más aptos para los estudios de la erudición que para los desvelos del gobierno; llena también de soñadores, que ideando fantásticamente sueños de felicidad humana, podían llevar la Iglesia, tan una en sus dogmas y tan perseverante en su moral, á los horizontes caliginosos de una herejía, que fuera, si no su muerte, porque en la conciencia del Papa la Iglesia es inmortal, su debilidad para mucho tiempo, su debilidad, que sería también la debilidad del espíritu humano, el eclipse de la conciencia en el mundo.

A cada momento quería renunciar á la idea del Concilio. No hay autoridad que no pugne por romper todo límite y mucho más una autoridad que penetra en lo infinito, que se pierde en los espacios celestes. Los Reyes y los Papas de aquel tiempo tenían bufones para que les recordasen con sus gracias las miserias de la vida humana en medio de las grandezas de sus poderes divinos. El bufon de Juan XXIII, cuando pasaban Trento, le recordó un refrán muy parecido al popular nuestro de «Quien va á Sevilla pierde su silla, y que podría traducirse de esta manera: «Quien va á Trento pierde su asiento.» En uno de aquellos desfiladeros del Tyrol rodaron por los abismos los equipajes del Papa. «¡Diablo! exclamó Juan XXIII, ya estoy abajo; mejor hiciera quedándome en Bolonia.» Cuando des-

cubrió desde lejos Constanza, exclamó sonriendo: «Ya veo la trampa donde cazan á los zorros.»

Sin embargo, el Concilio tenía un brillo inusitado; era una grande, una respetable asamblea. En él se veían los hombres como Gersen, que habían llenado con su palabra y con su idea todo el siglo décimocuarto, y que llegaban con una merecida fama de sabiduría y de elocuencia al dintel de este perturbado siglo décimoquinto. Tres patriarcas, veinte y dos cardenales, veinte arzobispos, noventa y dos obispos, ciento ochenta abades, los diputados de las más célebres Universidades del mundo, el Emperador de Alemania, el Duque Federico de Austria, el Elector de Sajonia, el Elector Palatino, el Duque de Baviera, que con sus numerosas servidumbres, sus respectivas córtes, sus acompañamientos, sus soldados formaban un ejército de ciento cincuenta mil extranjeros, forzados en gran parte á acampar fuera de la ciudad, circundada de una nube de feriantes, gitanos, titiriteros, juglares, cómicos, decidores de buena ventura, farsantes, bufones y prostitutas. Baste decir que sólo de juglares y cómicos había, según la cuenta de un contemporáneo, más de trescientas cuarenta y seis.

Tres asuntos principales debía tratar este Concilio: 1.º, la herejía de Juan Hus; 2.º, la reforma del Jefe de la Iglesia; 3.º, la reforma de los miembros de la Iglesia; es decir, el Concilio iba á tocar por la herejía á todo el dogma y por la organización eclesiástica á toda la disciplina. Fué dividido el Concilio en cuatro grandes porciones, italiana, alemana, francesa é inglesa. A pesar de esta división en las fuerzas eclesiásticas, el mundo occidental todo entero descansaba aun á la sombra de una sola creencia. Se decidió que en vez de votarse por individuos se votaría por naciones, lo cual daba á cada una la misma influencia. Confirióse también el derecho de votar á sacerdotes célebres por su saber, grandes consultores de todos los es-

píritus, grandes lumbreras de todas las ciencias.

La primera cuestión, la más grave y la más urgente era la de tratar dónde estaba y quién tenía la autoridad pontificia. Decidió el Concilio que abdicaran los tres jefes de la cristiandad. Esta decisión hirió en el fondo del alma al Papa, que había convocado el Concilio, para que reconociera y proclamara su propia autoridad. Pero la voz de tantos sacerdotes, la presencia de tantos príncipes, el poder de tantas naciones, le decidieron á prometer una abdicación que estaba decidido á no cumplir. Su voluntad se veía clara en todos sus actos, á pesar de que apareciese también clara la sumisión en todas sus palabras. El Concilio no se fiaba del Papa y le celaba de todas las maneras posibles. El Jefe de la cristiandad se había convertido en el prisionero de los pueblos.

Dábase cierto día, á las orillas del espléndido lago, una de esas fiestas que tan características eran de la Edad Media. Invitaba Federico de Austria á los miembros del Concilio á un torneo. Estas fiestas eran por extremo populares; llamaban por extremo la atención pública. Las músicas que sonaban; las muchedumbres que gritaban; las damas del torneo que lucían sus gracias y sus espléndidos trajes; los caballeros en cuyas armaduras se reflejaba la luz; los heraldos vestidos con sus áureos ropones; los graciosos pajes, los guerreros caballos, las banderolas de mil matices, las armas de diversos templos, los escudos con sus motes; la galantería y el arte, la habilidad en el combate, el ardor de la lucha, el premio para el victorioso, todo esto cautivaba á los pueblos de la Edad Media, y en tales términos que á un torneo asistían los habitantes de comarcas enteras, y mucho más, por consecuencia, si se trataba, como en aquella ocasión, de un torneo, al cual asistían, con los príncipes más ilustres, los obispos de la cristiandad.

Aprovechando la distracción de la ciu-

B.

dad, completamente absorbida en la fiesta, Juan XXIII huyó. Disfrazóse de postillon, montó arrojadamente en los caballos de un coche de camino, y se escapó á galope yendo á parar á la ciudad, en cuyas cercanías el Rhin se rompe, en maravillosa catarata, á Schaffhousen.

Cuando el torneo se acabó, entrada ya la noche, advirtieron la fuga del Papa. La consternación fué grande en el pueblo, la sorpresa en los eclesiásticos, la ira en los príncipes. El Papa que había entrado en Constanza como un Dios, huía de Constanza como un bandolero. El Concilio no sabía qué decisión tomar, ausente el mismo que lo había reunido; en pugna con el Papa, el cual ahondaba aún más con su conducta el cisma que el Concilio creía cegar.

Pero entonces el venerable Gerson, á quien se ha atribuido la *Imitación de Jesucristo*, ese Testamento de la Edad Media, tomó la palabra. El espíritu de los tribunos inspiraba al grande orador, que á su vez difundía por el Concilio el espíritu de las Asambleas deliberantes y dotaba á la conciencia de un poder superior á todos los poderes. Así dijo que la Iglesia toda es superior al Papa, y que la Iglesia toda estaba reunida en el Concilio, y que la Iglesia toda reunida no necesitaba de la presencia de su jefe, porque en la Iglesia está perpétuamente Cristo.

¿Qué hubiera sido del mundo religioso moderno, de la Iglesia católica universal, si en aquel momento no hubiera existido la fé vivísima en este dogma salvador? ¿Qué hubiera sido, si cada Papa dijera que en su persona, y solo en su persona estaba toda la Iglesia? Pues días semejantes pueden volver á la historia y crisis iguales asaltar al Pontificado. Pio IX en verdad no será eterno como es infalible. Los jesuitas han podido eximirlo del error, pero no podrán eximirlo de la muerte. Caerá, como ricos y pobres, como jóvenes y viejos, en la comun fosa, donde van desapareciendo las generaciones ahogadas por el

19



oleaje del tiempo. Y como las pasiones se encuentran hoy en la exaltación más grande, y la fe á su vez en la decadencia más triste, puede acaecer que los sucesos ocurran de manera que tengamos dos Papas, uno elegido bajo la influencia de Alemania é Italia, llamado á vencer las grandes dificultades y á calmar los ánimos exaltados, y otro elegido por los ultramontanos. Y estos dos Papas pueden perseguirse, excomulgarse mutuamente, como se persiguieron, como se excomulgaron allá en tiempos de ménos pasiones y de más creencias. Y como hoy los católicos liberales no creen que los jesuitas y sus adherentes sean cristianos, y los jesuitas no creen que los liberales sean católicos, un cisma espantoso puede venir, y vendrá á desgarrar más profundamente las entrañas de la Iglesia. Y como solo América admite á la verdad el principio de separación radical entre la Iglesia y el Estado, pues los demás pueblos se ingieren con la autoridad de sus gobiernos en las esferas de las creencias, quedará á merced de gobiernos cismáticos como el de Rusia, ó de gobiernos heréticos como el de Inglaterra, ó de gobiernos liberales como casi todos los gobiernos de los pueblos civilizados el resolver un cisma, cuyas raíces penetran hasta las entrañas de la Iglesia, y pueden causarle indefectiblemente la muerte. El gobierno personal es funesto. La impotencia de Enrique IV, la debilidad nerviosa de Carlos II, la sangre voluptuosísima de Luis XV, el temperamento desordenado de Neron, pueden traer al mundo las desgracias más irreparables. Y los Papas están sujetos á los mismos achaques, á los mismos que el resto de los mortales. Inocencio X confesaba que, ocupada toda su vida en materias canónicas, no conocía ni una jota de las materias dogmáticas; Gregorio XVI creía que, por ser Papa, nada le estaba reservado y secreto en la naturaleza ni en el espíritu, en la sociedad ni en la historia, sabiendo de economía más que los economistas y de caminos

de hierro más que los ingenieros, por obra y gracia del Espíritu Santo; Inocencio X dejaba que gobernase la conciencia humana, la Iglesia universal su cupida y ambiciosa cuñada; creía Alejandro VII que era pecado mortal no enriquecer á sus sobrinos y parientes ya que habían tenido la dicha de contar con un Papa de su sangre; y á este tenor pisaban el sόlio pontificio hombres de todas las procedencias conocidas y sujetos á todas las humanas locuras. Los había entre ellos, en gran número, sábios, virtuosos, piadosísimos. Pero así como en el gobierno del mundo se van desechando las monarquías absolutas por no exponerse á que el sucesor de un rey tan grande como Carlos III sea un rey tan chico como Carlos IV, en el gobierno de la Iglesia debe caer la monarquía personal y entrar la plena democracia, entrar el gobierno de los Concilios.

Hé aquí las principales teorías de Doellinger contra la constitución de la Iglesia ideada por los jesuitas. Él dió á los que participaban de sus sentimientos el nombre de católicos viejos, como llamaban nuestros padres á los creyentes de fe y de peso. Parecía al pronto por este nombre que iban á dejar la Iglesia donde la encontraron, es decir, en el punto y hora en que antes de la infalibilidad estaba. Mas no; por una de esas reacciones naturales en las humanas crisis, el canónigo de Munich volvió los ojos á la primitiva Iglesia, á los tiempos evangélicos, al dogma puro, á la disciplina sencilla, á la organización democrática, á las costumbres republicanas. Había en el sacerdocio muchos que convenían con sus ideas; pero que le conjuraban á mantenerlas con vigor durante el debate, y á someterse, en caso de ser vencidos, con resignación á las soluciones del Vaticano. Doellinger sostenía que el nuevo dogma era incompatible con toda Iglesia, y juraba no aceptarlo, aunque triunfase en el Concilio. Los grandes teólogos, enemigos del ciego ultramontanismo jesuítico, no podrán jamás comprender el aislamiento y la soledad en que se encuentran.

Apelan á la razón, á la historia, y en esa esfera dan de manos á boca con los filósofos, que alabando los esfuerzos empleados por armonizar la teología con la ciencia, dudan de su éxito y perseveran en seguir las inspiraciones de la razón pura, y en predicar la moral independiente. Dirígense á las almas piadosas, á las que creen, y oran, y esperan, y hacen de la religión asunto de toda su vida, para conjurarlas contra el Papa y los jesuitas, para moverlas á sacudir esa magia, para penetrarlas de los peligros que corren sus más caras creencias, y de los remedios que exige el moderno indiferentismo; y esas almas sensibles, tiernas, místicas, que componen el fondo religioso de la conciencia católica; que envían aun el incienso de sus oraciones al cielo; que son como notas del órgano perdidas entre el chirrido de las máquinas, como ángeles que cruzan por nuestros horizontes sin haber dejado ni una pluma de sus alas en nuestros hierros ni recibido un átomo del carbon que empolva á nuestro siglo, apartanse de todos esos razonamientos como de tentaciones diabólicas, y van á prosternarse, cruzadas las manos y extáticos los ojos, al pié del Vaticano, embelleciéndolo como el santuario de Dios. Demasiado creyente para los racionalistas, demasiado racionalista para los creyentes: tal aparece Doellinger á los ojos del mundo en esta grave y suprema crisis de nuestra historia.

Su único auxilio ha consistido en la fuerza que han impuesto los gobiernos alemanes á servicio de los católicos viejos. Pero ¿qué puede la fuerza contra la conciencia? Nada pudo Diocleciano contra los nazarenos, á pesar de sus hogueras; nada Juliano á pesar de su genio: el brazo de Felipe II llegaba hasta los Andes, y no podía llegar hasta la conciencia del último batelero holandés que abrazaba el protestantismo; las cuestiones de religión jamás se resolverán por la fuerza. Doellinger es demasiado conocedor de la naturaleza humana y de las cuestiones religiosas

para no comprenderlo profundamente, y para no proclamarlo con verdadera sinceridad. Visitábalo últimamente un corresponsal inglés y le abrió su corazón. Decíale que la obra de regenerar el Cristianismo es lenta, dificultosísima, y que en esta obra los gobiernos alemanes le habían hecho muchísimo daño con ánimo de prestarle muchos servicios. Y en efecto, esos obispos arrancados de sus palacios, conducidos á la cárcel, presos á los ojos de los fieles, exaltados con la aureola del martirio, sostenidos por un pueblo que los sigue de rodillas á su prisión, alentados por las más hermosas y aristocráticas damas de la Alemania católica, que publican protestas comparando á Bismark con Pilatos, con Judas, con Barrabás, con Caifás, con Neron, y luego se presentan armadas de su delicadeza y de su hermosura ante los tribunales, y se resignan á pasar de sus palacios, nidos de amores, á las cárceles, asiento de miserias; todas estas dramáticas escenas solo sirven para dar al desacreditado ultramontanismo los visos y los espejismos de una verdadera leyenda. Doellinger espera que á la muerte del Papa estallará la crisis en el seno del Catolicismo. En efecto, entonces ya no existirá este Pio IX, que ha pasado por tantas crisis y tantos graves sucesos; que ha sido destronado, restaurado y vuelto á destronar; que ha luchado á brazo partido con el espíritu de su siglo, después de haber soplado en las cenizas sobre él amontonadas por la reacción, á principios de su pontificado; que ha visto reunido un Concilio y sumiso el episcopado, como jamás lo fuera á ningún otro Papa; que ha estado de pié sobre su trono, aguardando como Bonifacio VIII el bofetón de Nogaret, y ha sentido bambolearse el Vaticano al trueno del cañón; que ha luchado por los polacos con el Emperador de Rusia, por los católicos alemanes con el Emperador de Alemania, por los principios ultramontanos con el Emperador Napoleon, hasta cuando el Emperador Napoleon era su último arrimo y su última esperanza; que ha



vivido en el s6lío pontificio como no ha vivido ningun otro Papa, sobrepujando la edad misma de San Pedro; que tiene en su frente la aureola prestada por la supersticion y á sus piés sometida y silenciosa toda la Iglesia. Y en la esperanza de esta crisis trabaja Doellinger para el porvenir. Su obra no es una obra tan alemana como la obra de Lutero. En el fraile sajón habia el 6dio á Roma y á sus Césares. En el can6nigo bávaro hay amor de erudito, si se quiere, amor un poco infecundo, pero amor sincero á la primitiva Iglesia cristiana. De todos modos su idea queda ahí como un rescoldo que producirá en su sazón oportuna voraz incendio. El Concilio Vaticano creyó unir al mundo cristiano proclamando el dogma de la infalibilidad, y lo ha desunido en irreconciliables cismas y entre numerosos cismáticos.

Las reuniones de estos nuevos cismáticos son frecuentes, los trabajos grandes, los esfuerzos muchos; pero escasos los resultados. En una de sus sesiones han querido ver qué creencias comunes tienen las varias sectas cristianas, y reunir las y compensarlas en una sola religion. El proyecto, como idea, es humanitario y sublime, digno de loa por inspirarse en puro ideal religioso, y por responder á las necesidades del espíritu moderno. Pero no creais que pueda llegar á soluciones prácticas. La mayoría de los creyentes se inspira en una fé ciega; se forma en una educaci6n estrecha; tiene la intolerancia extrema del sectario, y da precio subidísimo en el símbolo de sus dogmas á lo que elimina resueltamente ó relega á secundaria importancia el pensador, el filósofo. El culto á María, que no admitirán jamás los severos calvinistas, es para el cat6lico de fé viva el culto de los cultos, el que brilla sobre todas las ceremonias, el que recoge, y temple y dulcifica la luz sobrado viva de la divinidad; el que habla con más elocuencia al sentimiento; el que dá á la religion sus dulces melodías y su entrañable ternura. María, idealizada por los poe-

tas, esculpida en la mente por los pinceles de Fra Angélico, de Rafael, de Murillo, y por l6sburiles de Berruete, de Alonso Cano, de Miguel Angel; María, bendecida en los goces y en las tribulaciones de la vida; al pié de la cuna en Belén, como la imágen de la esperanza, al pié de la cruz en el G6lgota, como la imágen del dolor; virgen y madre á un mismo tiempo; cantada en esas poéticas letanías por los coros inmensos del pueblo que forman como el arco iris donde brillan todos los matices del amor purísimo; invocada en las largas noches de invierno en que la leyenda recuerda su parto milagroso, su revelaci6n á los pastores, la estrella de la mañana que brilla sobre su frente, los reyes del Asia prostrados de hinojos á sus plantas; invocada en la primavera, que reúne á todas las jóvenes al pié de sus altares, con ofrendas de flores y cánticos de esperanza; invocada en el otoño, en el 6pimo Setiembre, cuando los frutos maduran y se prepara la recolecci6n de una gran parte de la cosecha, y se celebran las fiestas más ruidosas, las novenas más concurridas, las procesiones y las romerías más célebres; siempre adorada, siempre, de las mujeres, porque corresponde á su delicadeza y á su ternura, porque representa su misterio más santo y más querido, la maternidad, y de los hombres porque idealiza la única luz de sus tinieblas, la única esperanza de sus tristezas, el ideal femenino, la santa madre, la esposa idolatrada, las tiernas hijas; María, pues, quedará siempre perenne en el corazon de los pueblos cat6licos, en el corazon, sobre todo, de los pueblos meridionales, en los latinos, en los helenos, aun despues del naufragio de todos los demás dogmas.

El filósofo predica sus ideas absolutas fuera de todo género de condiciones y de toda limitaci6n, allá en la esfera de la abstracta conciencia, pero luego viene la realidad con sus sombras y la naturaleza con su rica variedad á oponer á esas ideas, ó una limitaci6n, ó una transformaci6n en la práctica. Es

el cristianismo la religion de la unidad, un Dios en el cielo, una Iglesia en la tierra, un símbolo de la fé para todos los creyentes, un Papa á la cabeza de todos los obispos; y luego viene la realidad histórica con su imperio incontrastable, viene la naturaleza con sus leyes fatales á recoger aquella idea y urdir la á su manera, como la máquina recoge en sus dientes, en sus cilindros la materia que se le arroja; y nace la Iglesia romana con sus dos caracteres de cesarista y de jurídica como el antiguo imperio; y nace la Iglesia griega, en que el patriarca se somete al emperador, y el lado metafísico predomina sobre el lado can6nico á la manera que en la antigua Bizancio; y nace la Iglesia alemana con su carácter individualista y su 6dio á Roma como las antiguas tribus germánicas; y nace la Iglesia anglicana, término medio entre la tradici6n y la raza gerárquica disciplinaria, sacando hasta del seno de las libertades más anárquicas autoridad, gobierno, disciplina como la aristocracia inglesa; y nace la Iglesia calvinista, austera, igualitaria, democrática, republicana como la Suiza, de donde brota, y como los Estados-Unidos, donde desagua; y llevan los españoles su intolerante ortodoxia á América, y ellos, implacables con la herejía de la raz6n, con la herejía de Constantino y de Cazalla, transigen con la herejía de la ignorancia, con la mezcla de ritos indios á las prácticas cristianas; y se propaga el cristianismo por el Asia y en las tribus de origen indo-europeo los santos predominan casi sobre Dios, porque estos pueblos han sido los eternos paganos de la historia, y en los pueblos semitas el culto de Dios eclipsa todos los santos, porque estos pueblos parece que llevan el Jehová del Sinai, el Alá de la Meca eternamente en su conciencia; demostraci6n evidéntisima de cómo la naturaleza se impone con su rica y eterna variedad á las ideas.

Por eso yo dudo mucho que pueda el plan de Doellinger, el plan de refundir todas las

Iglesias en una sola Iglesia, alcanzar éxito ninguno en este período sembrado de dificultades y de obstáculos. Se necesitaria preparar muy de antemano esta revoluci6n que sólo maduraria á fuerza de siglos. Se necesitaria reunir en torno suyo profetas, precursores, grandes artistas encargados de difundirla por los milagros del apostolado, y hasta por el martirio, cada día más difícil en esta sociedad imbuida de la tolerancia religiosa. Pocos hombres han nacido en el mundo tan predestinados á la misi6n del apostolado como el colaborador de Doellinger en la obra de la renovaci6n religiosa, como el Padre Jacinto. La naturaleza parecia haberse complacido en dotarlo de todas las raras cualidades necesarias á una colosal obra de esta monta. Cualquiera diría que él, nacido en la naci6n propagandista por excelencia; hablando la lengua que hoy casi todas las gentes ilustradas entienden; con el don de la palabra que mueve los corazones y que propaga las ideas, iba realmente á ser lo que hace tanto tiempo buscan los reformadores en vano, el Lutero del Mediodía. ¿Y cuál ha sido á la verdad su carrera? ¿Cuál ha sido su suerte? ¿Qué enseña que revela á todos la vida de este hombre? ¿Qué dicen sus hechos, sus dudas, sus tribulaciones, sus desfallecimientos? Detengámonos un breve instante á estudiarlo.

Estaba yo por el verano de 1874 en el corazon de los inaccesibles Alpes; entre las aguas de Brienz y las aguas de Thun; al pié de las nieves eternas, que relumbran como diamantes gigantes; á la sombra de oscuros bosques de pinos, que brotan de todas las peñas y cubren todos los montes no cubiertos por las cimas de cristal; entre verdes praderas, que rodean de menudas flores y de mullidas alfombras los piés de las agrias sierras; oyendo como los rios del color de la esmeralda y de los cambiantes del ópalo, van á dormirse, á serenarse, á repetir el cielo que los cubre y los vergeles que los